

Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*

M. Adriana Soto Martínez

El texto de Ana María Fernández fue publicado en 2013. Para la exigencia de nuestros tiempos que promueven la fugacidad de las experiencias y dan enorme valor a la novedad, podría pensarse que no es una obra lo suficientemente reciente como para ser reseñada. Sin embargo, sólo es cosa de observar nuestro alrededor y verificar cómo jóvenes –y no tan jóvenes– encuentran fuertes dificultades para dar sentido al presente, a partir del propio pasado y en el ejercicio de apuntalar proyectos futuros.

De algún modo, lo gris de la vida tiene que ver con la imposibilidad de asumir el conflicto al que nos expone toda contingencia. Para la autora no se trata de problemas individuales o de marcas psicopatológicas, sino de la configuración de un escenario que nos obliga a cuestionar las relaciones entre las condiciones institucionales y la constitución de la dimensión psíquica.

* Ana María Fernández, *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2013.

El texto insiste en todo momento en la necesidad de situar las modalidades en que los sujetos tejen y componen su propia vida en un marco de condiciones sociohistóricas en el que las *significaciones imaginarias sociales* del éxito, el dominio y el instante operan como referentes y traman biografías caracterizadas por la *plusconformidad* y la *urgencia de satisfacción*. Los anclajes que las instituciones debieran ofrecer a los sujetos, dice Ana María Fernández, se tambalean, se insignifican, se vacían y por lo tanto desamparan. El resultado entonces es la constitución de sujetos para quienes no significan gran cosa los referentes de comunidad y pertenencia, el sentido de la propuesta y la proyección de un mundo distinto, así como el cuestionamiento de su propio malestar y sufrimiento.

Para profundizar en las formas en que los procesos singulares y colectivos se anudan, la autora propone reflexionar sobre dos modos de subjetivación que muestran cómo operan las estrategias biopolíticas de vulnerabilización de los jóvenes. A partir de una atenta escucha y observación, de muchos años en su trabajo docente y de investigación,

así como del ejercicio reflexivo en torno de su práctica clínica, la indagación de *la implicación* y la revisión del propio dispositivo de intervención psicoanalítico, Ana María Fernández se ocupa de lo que llama los cambios significativos en la actitud de los jóvenes frente a la vida. De este modo, *Jóvenes de vidas grises* da cuenta de esas modalidades existenciales caracterizadas por el abatimiento, las biopolíticas de la vulnerabilización y las estrategias de la subalteridad, sin descuidar la pregunta por el deseo —no en tanto carencia, sino como potencia— y la posibilidad de investir libidinalmente las representaciones que los jóvenes construyen sobre su presente y su futuro.

Si bien el texto pone en el centro la condición juvenil, sería un grave error pensar que lo expuesto en el libro tiene que ver únicamente con los jóvenes. Por el contrario, los argumentos nos invitan a reflexionar sobre las configuraciones de sentido que una sociedad produce para sí misma; en todo caso, puede ser una especie de llamado de atención a un mundo adulto para el que parece más sencillo, dadas las exigencias de la institución capitalista y neoliberal, afianzar las estrategias de disciplinamiento, control y *desigualación* de los jóvenes.

A continuación señalo brevemente algunos de los aspectos clave en la lectura. Por supuesto que éstos no agotan la profundidad de las reflexiones que el libro propone, en todo caso, son líneas que intentan abonar en la discusión y mantener abierta la preocupación sobre los temas que la autora expone.

LAS INSISTENCIAS

Ana María Fernández no subestima ni estigmatiza aquellas escenas que recurrentemente hacen presencia, insisten, en su práctica de consultorio y en las inquietudes y modos de operar de los jóvenes con los que se vincula en su práctica docente y de investigación.

En términos generales, le llama la atención la frecuencia de un modo de relato mediante el cual los jóvenes parecen expresar un estado de tranquilidad, sin mayores conflictos, una narrativa sobre sí mismo que les permite “estar bien”. Aun así, la autora observa que ellos “suelen presentar poca vitalidad, ausencia de proyectos personales que los/as entusiasmen, y parecen transcurrir sus vida sin grandes convicciones. Expresan aburrimiento, poca seguridad en sus decisiones” (2013:15)

Algunas de las insistencias o recurrencias de sentido que configuran este escenario son:

- a) Los jóvenes suelen expresar su desinterés por experiencias demasiado intensas. El dolor, el miedo, las situaciones trágicas de los otros y todo aquello que demande fuertes “afectaciones emocionales” suelen ser incómodos y por lo tanto objeto de rechazo.
- b) Son personas que responden excesivamente a la demanda. Las recurrencias discursivas y los agotamientos corporales parecen dar cuenta de una realidad aplastante que sobrepasa cualquier posibilidad de responder a ella.

- c) Estas biografías habitan en la inmediatez, la urgencia de satisfacción y la levedad de las relaciones. “Junto con las expresiones de rechazo a la intensidad [...] otra de las insistencias más marcadas suele ser *no tengo tiempo* (2013:30). Las *lógicas del instante*, es decir, la contundencia de la realidad (aplastante) dificulta la posibilidad de la anticipación y la proyección.
- d) De la misma manera que se expresan carencias para proyectar y anticipar, también insisten las dificultades de muchos jóvenes para apropiarse de su propia experiencia vivida. Las y los jóvenes difícilmente expresan su postura y adjudican a otros la responsabilidad de sus recuerdos, acciones y proyectos.

Es importante señalar que para la autora estas insistencias hablan de un modo de ser joven, de vivir y de relacionarse con los otros, de construir y comunicar su experiencia. Cuando se instala la *lógica del instante* y no hay lugar para una *lógica de la anticipación*, se dificultan –dice Ana María Fernández– las conexiones entre las acciones realizadas y los efectos producidos.

PROCESOS DE SUBJETIVACIÓN Y PRODUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD

Es inevitable destacar que la autora privilegia en este texto la noción foucaultiana de *procesos de subjetivación* para referirse al conjunto de estrategias biopolíticas de vulnerabilización de los jóvenes. Será importante,

dice, comprender las condiciones socio-históricas que estarían operando en estas insistencias, pero no como relaciones de influencia, sino de inmanencia. Es decir, “se trata de pensar la producción misma de las diversas modalidades en que las propias subjetivaciones se configuran en un momento histórico” (2013:48). Dicho de otro modo, se trata de comprender las “condiciones institucionales-sociales actuales que laten-ahí-todo-el tiempo modalizando, es decir, dando forma, configurando las diversas experiencias de sí” (2013:48).

En términos generales, se puede decir que lo que opera en la institución de la sociedad moderna son las *lógicas capitalistas* que han insignificado los relatos de la igualdad, la justicia y la libertad. Y este *avance de la insignificancia*, pone en consideración tres procesos: *a)* la crisis de los modelos identificatorios que priva de referentes de comunidad y de pertenencia, *b)* la impunidad de los verdaderos grupos de poder que desfonda “la cosa pública y las prácticas de ciudadanía”, *c)* la barbarización de los lazos sociales públicos y privados que, como se puede observar, insignifican el valor de la vida.

No obstante estas estrategias biopolíticas que dan forma a complejos conjuntos de modos de disciplinamiento, control y *desigualación*, para la autora es importante distinguir los diferentes dispositivos que configuran existenciaros específicos, operando en momentos y en sectores sociales determinados.

Así, se puede decir que las estrategias biopolíticas de vulnerabilización trabajan

diferencialmente en los distintos grupos sociales: *a)* en el caso de los jóvenes de sectores medios los dispositivos operan desdibujando su potencia deseante, aislándolos, volviéndolos dependientes y por lo tanto dejándolos en el desamparo; aquí la estrategia biopolítica actúa directamente en el plano de la subjetividad; *b)* en el caso de los jóvenes de sectores con carencias los dispositivos trabajan, por ejemplo, criminalizando a los varones y determinando la vida y la muerte de muchas mujeres que, en el caso de los embarazos no deseados, sólo les queda el recurso del aborto en la clandestinidad; aquí la estrategia biopolítica actúa directamente en el cuerpo.

Esta diferenciación permitirá a la autora no sólo alejarse “de cualquier pensamiento en clave estructural”, sino reiterar la idea de que “nada de lo social es homogéneo”. Estos diversos modos de subjetivación no son estáticos. De este modo, no todos los jóvenes aceptarán “como si fuera un destino, el aislamiento y la fragilización”, y es ahí entonces en donde tiene lugar el concepto de *producción de subjetividad*, en eso que ella llama *el resto*, es decir, en la posibilidad de resistir, de establecer líneas de fuga, de construir e inventar formas distintas a las que impone el dominio.

Por esta razón no es casual que Ana María Fernández se incline por el concepto de vulnerabilización, más que por el de vulnerabilidad. Este último, explica, nos lleva a pensar en algo que ya está dado, una especie de atributo, una cualidad de un sujeto o una comunidad. En cambio

la vulnerabilización nos obliga a reparar en un proceso, en una situación social que ha sido construida, no es destino ni casualidad, sino “producto de políticas de Estado, de decisiones económicas y sociales que han logrado configurarla”, producto del biopoder, ese que tiene por objeto ajustar las formas de vida de las poblaciones.

Este “discreto” desplazamiento conceptual de la vulnerabilidad a la vulnerabilización tiene una importancia política significativa. Dado que vulnerabilización es una construcción social, entonces como tal puede ser puesta en cuestión. De este modo, frente a las *subjetivaciones en plusconformidad* y *subjetivaciones en urgencia de satisfacción*, encontramos también una diversidad significativa de *insumisiones juveniles* que, en principio, nos llevan a reparar en la importancia de no homogeneizar, esencializar, ni generalizar la condición juvenil.

NADA DE LO SOCIAL ES HOMOGÉNEO

Si bien Ana María Fernández subraya en este libro la fuerza que tienen los procesos de subjetivación y el modo como configuran escenarios de subalternidad, plusconformidad y urgente satisfacción, difícil será para ella cerrar la discusión sin indagar las distintas posibilidades de producción de la subjetividad.

Insistamos: el concepto *procesos de subjetivación* se refiere aquí al control del “poderío del deseo”, al trabajo estratégico para que “las potencias deseantes de los

y las jóvenes no alcancen las intensidades suficientes para configurar los agenciamientos necesarios que puedan correr los bordes de lo posible, componer sus vidas de otro modo, transformar sus condiciones de existencia” (2013:72). El concepto *producción de subjetividad*, permite sostener la heterogeneidad y alteridad en lo social, aquello que no queda capturado ni cristalizado en las formas instituidas, *el resto*, que posibilita la producción y reinención de nuevos sentidos que, incluso, exceden el ejercicio de la enunciación.

Lo anterior, dice Ana María Fernández, requiere de un trabajo que nos permita defender la heterogeneidad de las lecturas e interpretaciones. Así, la autora dedica las

últimas reflexiones a debatir la *ontologización del deseo como carencia* y sumarse al linaje de pensamiento que hace del deseo *potencia*.

Finalmente, vale la pena volver al principio y seguir a la autora cuando platea que:

[...] gris tal vez sea la coloratura de la extensión de un pliegue. Pliegues de pliegues que forman duros, a veces feroces, puntos grises. Es mi anhelo que estás páginas colaboren, aunque sea mínimamente, a acompañar aquellos senderos que tomen el difícil pero no imposible desafío de pintar multiplicidades de intensos y variados coloridos existenciales que den lugar al júbilo y arrinconen las tristezas (2013:13).



